



Grupo de Montañeros
VETVSTA

*Adherido a la Federación Española de
Montañismo y Federación Norte de Esquí.*



Moncuevo y Mostayal desde la Collada de los Glayos

(Foto Quintanal)

AÑO VI

OVIEDO - NOVIEMBRE 1949

N.º 63

Nuestra expansión deportiva

De antaño viene preocupando el ánimo de nuestros directivos la necesidad de ensanchar el campo de acción deportivo a fin de hacer más activa la vida social de nuestro Grupo.

Como anillo al dedo han caído en Vetusta las noticias y reglamentos llegados de Madrid y Barcelona acerca de la creación de las Federaciones Nacionales de Tiro con Arco.

En efecto, este nuevo deporte—rememorado de antiguas y nobles hazañas—reúne para nuestro Grupo las ideales ventajas de poderse practicar en la estrechez y limitación de las paredes de unos locales, o en la amplitud de la naturaleza aprovechando para ello cualquiera de las excursiones que el Grupo organiza.

¡Qué buen festejo sería éste para una competición junto al lago Enol en la Fiesta del Pastor!

A modo de iniciación, como conocimientos básicos, citamos seguidamente las principales normas reglamentarias que este deporte requiere:

El arco de tiro puede tener la medida de ciento sesenta a ciento ochenta centímetros, hallándose formado por dos o tres láminas de fresno superpuestas a modo de ballesta, o sencillamente puede integrarse por una sola pieza especialmente concebida para su elástica deformación y subsiguiente fuerza impulsora.

En cualquier caso, una cuerda o tripa sirve de trampolín para arrojar la flecha cuya punta va provista de una aguja que ha de clavarse en la diana, y cuyo final va adornado de plumas a modo de timón.

La diana está formada por una circunferencia de 0,60 a 1,22 metros de diámetro, integrada por varios círculos concéntricos de diferentes colores graduados en el sentido de dar mayor mérito a los impactos que más se aproximen al centro.

Los tiradores han de colocarse en línea guardando entre sí distancias iguales que varían entre 1,50 y 4 metros según la lejanía de los blancos.

Estas son, en líneas generales, las normas básicas del tiro con arco.

No dudamos que su práctica ha de encerrar un notable interés para el Grupo no sólo por el atractivo de su novedad, sino también por ser excelente motivo para excursiones de campo, a montes no lejanos, a playas, etc., y un interesante tema para la práctica de campeonatos y competiciones, festivales de entrega de premios, asuntos para ser recogidos en nuestras cámaras fotográficas, etc.

La Directiva pide voluntarios para dirigir esta nueva sección; ¿quién se presenta?

A ver si, en unión de otras sociedades locales, integramos pronto una Federación Asturiana de Tiro con Arco.

Oviedo, noviembre de 1949.

EL PRESIDENTE.

 **Gestoría**

Prieto

 **Noriega**

MINAS
INDUSTRIAS
AGUAS
AUTOMOVILES
HACIENDA, ETC., ETC.

DOCUMENTACION
de
EMBARQUES Y PASAJES

Oviedo

Fruela, 14-1.º

TELEF. 1403 - 1404

Gijón

Corrida, 85

TELEFONO 2014

Isa

B A Z A R

Perfumería

Artículos de piel - Artículos de viaje

Géneros de punto

Bisutería

Deportes

Isa

Schulz, 2 y San Juan, 11

TELEFONO 3836

OVIEDO

Visión integral del

alpinismo

II

Veamos ahora los efectos fisiológicos que este deporte produce en nuestro organismo, derivados unos del medio ambiente y otros del ejercicio muscular.

La sangre varía poco su viscosidad con el ejercicio muscular. Los hematíes o glóbulos rojos que normalmente se encuentran en la proporción de 4'8 a 5'5 millones por milímetro cúbico para el hombre y 4'3 a 5 para la mujer, aumentan con el ejercicio muscular violento, principalmente en los individuos no entrenados, disminuyendo cuando se establece la fatiga. A grandes alturas, o a bajas presiones de oxígeno atmosférico, se establece un aumento compensador en el número de hematíes, que puede llegar a un millón o más por milímetro cúbico, necesario para el mantenimiento de la función respiratoria. Estos aumentos fisiológicos en la cifra de hematíes se deben esencialmente a contracciones esplénicas que ponen en circulación una cierta cantidad de los eritrocitos almacenados en el bazo; puede también influir una ligera anhidremia o el paso de hematíes jóvenes de la médula o sea a la circulación, y puede llegarse a una hiperplasia de dicha médula roja si la disminución en la presión del oxígeno es duradera.

Los leucocitos o glóbulos blancos, cuya cifra oscila entre los 4,000 y 10,000 por milímetro cúbico, pueden aumentar en el ejercicio muscular muy violento hasta los 27,000, en las dos primeras horas, verificándose el aumento a expen-

POR JOSE ANGEL DE ARGUMOSA Y VALDES

sas de los polinucleares en unos casos y de los linfocitos en otros, en relación con la intensidad y duración del ejercicio; la mayor parte de estas leucocitosis fisiológicas no se deben a la formación de nuevos leucocitos, sino al ingreso en el torrente circulatorio de una masa de glóbulos blancos almacenada en los diversos depósitos del organismo.

El ritmo cardíaco se acelera en el ejercicio muscular; sin embargo, el número de latidos no crece proporcionalmente a la intensidad de los esfuerzos. Hay un límite fisiológico impuesto por las necesidades funcionales del corazón y por las propiedades de sus fibras musculares; aproximadamente, la máxima aceleración fisiológica es $2\frac{1}{2}$ veces su ritmo en reposo. Como es sabido el latido normal del corazón en un adulto se encuentra alrededor de las 72 veces por minuto, en reposo.

La elevación de la temperatura exterior determina una aceleración más o menos acentuada del ritmo cardíaco. Probablemente se trata de una acción directa del calor sobre el miocardio, pues esa taquicardia se logra experimentalmente en el corazón aislado e irrigado con líquido Ringer caliente.

Las variaciones de la presión arterial modifican también el número de lati-

dos cardíacos, disminuyendo en los individuos que permanecen a grandes alturas.

Los procesos psíquicos, como la atención, el miedo y las impresiones, influyen de un modo distinto según los individuos.

La tensión arterial, aumenta durante el ejercicio físico, pero suele disminuir por el calor, variando con las emociones.

La respiración normal debe efectuarse por la nariz, pues atravesando el aire las fosas nasales, se regula su velocidad de penetración en los pulmones, experimentando a la par cierta depuración, y se modifican favorablemente sus estados higrométrico y térmico. Los estudios de Hoffbauer han demostrado que la introducción de aire por la boca provoca un reflejo defensivo, traducido por la menor ventilación pulmonar; la cúpula diafragmática, entonces tiende a borrarse, de donde resulta que el efecto útil de la contracción de este músculo disminuye, y, por lo mismo, la respiración es completamente superficial.

El enfriamiento de la piel provoca inhibición de la secreción renal, y, por el contrario, el calentamiento la aumenta, debido a cambios vasomotores que asientan en el riñón. Experimentalmente se ha visto que aplicaciones frías a la piel producen disminución del tamaño renal y descenso de la presión sanguínea en la vena renal, afirmando Petersen, Muller y otros que el equilibrio vascular del riñón y de la piel corren paralelos.

La secreción renal está, también, sometida a influencias psíquicas—quién no recuerda la poliuria emocional en momentos difíciles, un examen, verbigracia—, como se ha comprobado reiteradamente en sujetos hipnotizados; y además, todos, por propia experiencia, sabemos que los estados de ansiedad y de temor repercuten sobre dicha función. En tales

ocasiones, los influjos emotivos se descargan y actúan, en primer término sobre los centros diencefálicos, y desde allí sobre los centros espláncnicos.

Por término medio se calcula la secreción sudoral en el hombre en 400 a 900 c. c. por día en un clima templado. Después de un ejercicio muscular intenso se encuentran en el sudor varios gramos de ácido láctico.

Naturalmente que la sudoración aumenta con el ejercicio ya que al aumentar las oxidaciones, combustiones intracelulares, por este medio se refrigera el organismo, manteniéndose constante la temperatura del cuerpo, en virtud de la evaporación del sudor, fenómeno parecido a lo que sucede con los botijos de barro, que al «sudar» y evaporarse el agua que rezuman, tomando el calor necesario para verificar tal transformación de la masa líquida que contienen, la enfrían.

La temperatura ambiente influye, como fácilmente se comprende, sobre el «quantum» de sudoración, no obstante, la sudoración más o menos profusa no solamente depende de esos dos factores, ejercicio muscular y temperatura ambiente, sino que está en relación con el factor constitucional.



Una travesía de 14 horas de Sajambre a Covadonga

Alegres y entusiasmados por el buen tiempo que hacía salimos varios «chiflados» hasta un pueblo de Castilla.

Nuestro deseo era grande de pisar dicho lugar pues es Soto de Sajambre donde no se pasa hambre y se descansa en realidad.

Si no quieren perder tiempo pregunten por Valeriano la mejor fonda del pueblo con un servicio esmerado.

El taller de la cocina lo resuelven dos hermanas una que es la señora de la que la otra es cuñada.

Tienen también en la casa una moza guapa y fina aparte de ser sobrína es la que sirve la mesa y se llama Felisina.

Unas veces la hemos visto con emoción suspirar con tal medida y éxito que sus «suspiros» eran nuestro postre al terminar.

Rematando nuestra charla tras un cambio de impresiones subimos por la escalera buscando las habitaciones.

A la mañana siguiente nos llaman al desayuno como una cosa corriente bajamos uno tras otro.

Tazón de café con leche pan de casa superior manteca con mantecadas y si Vd. quiere que eche pidamos más al Señor.

A las nueve menos cuarto después de la Santa Misa abandonamos el pueblo tras un despido de prisa.

Nuestro propósito era hacer esta travesía pernoctando en Vega Huerta y partir al otro día.

Con deseo de ir ligeros alquilamos un caballo que de acuerdo con su dueño nos subió los «caramelos».

Una vez en el refugio le pagamos y se fué mientras tanto que nosotros nos pusimos a comer.

Conocedor del terreno iba en nuestra compañía el simpático de Pedro que es al mismo tiempo guía.

Hacia viento y neviznaba y se acuerda proseguir puesto que no había ni alcoba ni sacos donde dormir.

Hemos parado una hora después de cuatro de andar contemplando panoramas con mala visibilidad.

Voy a regresar ahora a los lugares que pisamos desde el punto de partida hasta que nos acostamos.

Desde Soto de Sajambre por el camino del Hito entrando por abedules aquí se sube un poquito.

Seguimos por las Dorntellas las nubes van caminando contemplando algunas de ellas en las cumbres reposando.

Ya en la horcadina del Frade el viento está muy tenaz como el Montañero es fuerte es más nuestra voluntad.

Pasamos la canal del Perro en trayecto algo cortito peor camino el del Burro inclinado, y graverizo.

Por el hoyo de este nombre con sendero hasta la puerta llegamos como un solo hombre al Refugio Vega Huerta.

Habiéndonos repostado como he dicho anteriormente salimos acurrucados por el frío impertinente.

Entramos bastante aprisa por el hoyo del Lladral no aguantando así la brisa que traía tempestad.

Cesa el viento poco a poco la niebla nos va acechando sintiendo ya en nuestros rostros que el agua nos va mojando.

Guardamos en las mochilas la ropa del exterior aguantando el agua fría compensando nuestro ardor.

Por la Llerona pasamos con un poco decepción con nuestros cuerpos mojados sin poder ver lo mejor.

Cesa un momento la lluvia cuando vemos los rebezos que afanados y con furia trepaban por los pedrezos.

Por la horcada de las Pozas practicamos la escalada y rompemos nuestras ropas por zona bastante usada.

Desde la horcada antes citada hasta la Llampá Cimera dejamos a Fuente Santa y pasamos por Cebollada.

Entramos en Vegredonda casi sin ver el refugio por ser densa la encañada sin pastor limpio ni sucio.

Después de un corto descanso pensamos bajar a Enol oyendo junto a un remanso las voces de un fiel pastor.

Este indígena era Remís que hacía el refugio subía diciéndonos bis a bis que la noticia tenía.

Según él se lo explicaba en carta la ha recibido que parece iba firmada por el amigo Castrillo.

Con galanura sin par nuestro avezado pastor ofrécnos el calor del fuego de su buen llar.

Agradeciendo la honra de oferta tan generosa pensamos en otra cosa y vamos a Covadonga.

Hay que hacer aquí presente que toda la Vega Enol no había casi un ser viviente ni buscando con farol.

A las once menos cuarto llamamos con mucha prisa a las puertas del Pelayo acercándose una chica.

Yo no sé por qué sería que lanzó una exclamación al vernos de aquella guisa, a su jefe superior.

Este señor bien se apiada con los ojos muy abiertos ofreciéndonos morada al vernos ya casi muertos.

Si la historia te ha gustado acompáñanos al monte cuando se halle mal o ausente aquél que hoy nos ha «embarcado».

ZUAZUA.

De la Asturias monumental Contestación a "Ovetis"

El puente

romano de Cangas de Onís

No nos es dado, ciertamente, hablar de Cangas de Onís, sin ocuparnos de su histórico puente romano, verdadera joya del valor artístico y monumental de España. Construído por una necesidad guerrera, tiene su cuerpo perfil de acero y conserva todas las bellezas de sus piedras doradas, embellecidas por las frondas de las pobladas márgenes del Sella... Bajo su arco central las rumorosas aguas forman un remanso de paz en el que la lumbrarada cálida del sol parece romper su tersura, formando aquí y allá caprichosos cuadros de una hermosura encantadora.

El alma del viajero o turista que contempla esta joya de España evoca recuerdos o palpita estremecida por el ansia inefable de arrancar a cada piedra el misterio que resbaló por ellas durante un tiempo incalculable.

Misteriosamente la luz que juega y acaricia las piedras del histórico puente a distintas horas del día, las anima de un colorido de ensueño y de esa policromía convincente y penetrante de las obras supremas del arte monumental de España.

Dirigió últimamente las obras de su restauración el arquitecto conservador de Monumentos Nacionales de todo el Norte de España, don Luis Menéndez Pidal, logrando con armónica disposición rehacer arcos y ventanas, realizando la obra en colores naturales de piedra arenística que le da el mismo aspecto artístico e histórico que tenía antes de la primera restauración—esta es la segunda—dejando el histórico puente romano tal como fué dado verle, a lo largo de otras centurias, a nuestros antepasados. Esta importante y transcendental obra de restauración, se llevó a cabo con la aprobación y el aplauso del pueblo histórico en general.

JOSE R. RUBINAT.

Cangas de Onís, Noviembre 1949.

Nuestro Grupo ha recibido una carta anónima de un inteligente consocio a quien no podemos contestar más que por este medio.

En su carta el señor «Ovetis» se extraña de que publicáramos su anterior escrito en nuestra Revista número 58, del pasado mes de junio—no lo volveremos a hacer—, y se extraña a continuación de que nuestra directiva nada haya hecho.

Nuestra directiva, querido señor «Ovetis», tiene mucho que hacer... y lo hace en las horas que las ocupaciones profesionales de sus miembros—¿usted sabe cómo está la vida?—le dejan reunirse.

Ahora bien, sus ideas son magníficas. Y nunca las ideas son mejor realizadas que por aquél que las concibe.

El Grupo le ofrece con afecto la oportunidad de ponerlas en práctica dándole facilidades para que usted mismo trabaje en ellas.

Pero comprenda que, siéndonos muy grata una dirección ajena cuando es meritoria y eficaz, y con ello una liberación de responsabilidades, no podemos dejarnos conducir por un fantasma, pese al romanticismo y sugestión de esta nueva fórmula.

¡Surja, «Ovetis»!

Si en todo deporte entra como una de sus integrales dimensiones el perfeccionamiento moral, esto sin duda que se realiza plenamente en el montañismo, ya que la montaña es «ESCUELA DEL AMOR PURO Y VERDADERO», que dijo nuestro clásico castellano.—El espíritu de que están impregnadas las páginas del Boletín de VETUSTA son una confirmación de lo que acabo de decir. Y por eso nada tiene de extraño que este santo deporte haya prendido hondamente dentro de los muros del Seminario.

Un grupo de seminaristas, que se dieron a sí mismos el nombre de «MONTAÑEROS DE PÍO XI» en recuerdo del gran papa alpinista, en su primera salida no tan desafortunada como la del de la Triste Figura, escalaron el famoso Naranjo de Bulnes. Y aunque por la forma en que se realizó la escalada saben que no han llevado a cabo una empresa inaudita, no obstante ellos experimentaron emociones tan intensas que no pueden resistir a la tentación de exteriorizarlas. Mejor diría *intentar* nada más: los montañeros saben algo de la radical incapacidad del lenguaje para expresar lo que se siente bajo el azul infinito de los Picos de Europa.....

Cuando en la travesía Poncebos-Aliva tomábamos un pequeño descanso en la apacible campera del Collado de Pandévano, el capellán del Vetusta que nos acompañaba dijo mirando en cierta dirección. «Desde aquí podíamos contemplar una de las más hermosas vistas del Naranjo, si no fuese por la neblina que hoy envuelve los Urriellos». ¡Esta maldita encainada es el tormento y el martirio de los Montañeros!

Pero por uno de esos caprichos de la «encainada»—no en vano lleva nombre de mujer—se rasgó casi repentinamente dejando al descubierto la hermosísima silueta del Pico que sirve de emblema a nuestro escudo, tanto más hermosa cuanto más inesperada y mayor contraste ofrecía ahora la imponente aparición.

¡Si pudiésemos dominar su cumbre—exclamamos—sin duda que con ello habríamos recibido el espaldarazo de montañeros!

Bien pronto la cortina volvió a correrse lentamente ocultándonos de nuevo el

Los "Montañeros de Pío XI" escalan...

amado Pico. Pero desde entonces ni por un momento nos abandonó la idea de escalarlo, ilusión que ahora más ardientemente acariciábamos.

Celebrada la santa misa muy de mañana a los piés de esa ingente mole que llaman Peña Vieja—la que ya habíamos escalado por vía de entrenamiento—salimos de Aliva llevando en nuestra compañía a Alfonso, el guía conocido y honrado por todos los montañeros. Caminamos radiantes de entusiasmo al ritmo de cantos marciales. Vamos cargados de cuerdas, clavijas, mosquetones, piolets... cuya finalidad exactamente aún no conocemos. La empinada Canal del Vidrio ni agota nuestras fuerzas ni aminora nuestro júbilo. Y cuando el sol lanzaba sobre nosotros sus ardorosos rayos ya nos encontrábamos dominando las alturas del macizo central, desde donde pudimos contemplar toda la grandiosidad del panorama que por doquier nos circunda. Un hermoso mar de nubes que tenemos a la vista allá en la lejanía, da pábulo abundante a la fantasía que ve en sus quebrados bordes bahías y ensenadas y muelles y encantadores acantilados. Hasta a alguno se le antoja divisar un balandro que boga por aquel mar de ensueño y embeleso...Pero el «positivismo» de Alfonso nos hace ponernos de nuevo en marcha. Y atravesando riscos imponentes y circos glaciares llegamos al Hoyo del Infanzón, donde de nuevo se oye la voz de nuestro guía:

¡«Cuidado aquí, que probablemente veremos más rebecos!»! En efecto; a poca distancia de nosotros y descansando junto a un nevero, sorprendemos una manada de esos esbeltos animales que al sentir nuestra presencia huyen como exhalaciones hasta las cresterías de las cimas más altas para desde allí contemplar tranquilos a los intrusos que se han atrevido a turbar el silencio de aquel su reino encantado.

¡Los que sienten ansias de encontrarse con cosas verdaderamente grandes y sublimes; los que ambrean ambientes sa-

turados de infinita poesía e imponente religiosidad; los que se afanan y anhelan por contemplar la auténtica Belleza, que vayan, que vayan en una de esas mañanas esplendorosas a las cumbres del macizo central de los Picos de Europa.....!

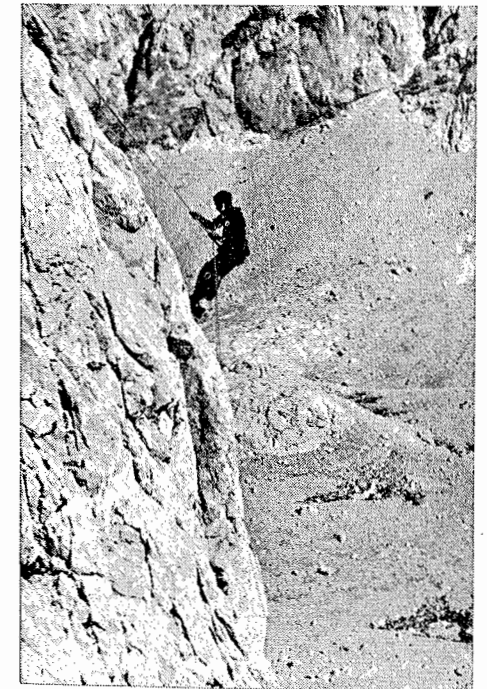
Al fin ya estamos a los piés del Naranjo. Allí encontramos a tres simpáticos jóvenes santanderinos que nos esperan. Quieren también subir, como otros tres muchachos vascos que nos acompañaron desde Aliva. Vaya un recuerdo cariñoso para esos jóvenes trabajadores que aprovechando sus vacaciones, quieren respirar el aire puro de los glaciares....

Hemos de confesar que la vista del coloso amedrentó nuestros corazones de novatos montañeros. Sentados no lejos de un nevero contemplamos una y otra vez aquella mole inmensa sin acertar a comprender cómo será posible ascender hasta su cumbre que se pierde en los espacios infinitos. Mientras tomamos algunos alimentos que restauren nuestras fuerzas, Alfonso nos cuenta algunas de las peripecias de la primera escalada llevada a cabo por D. Pedro Pidal y el Cainejo. Tal vez intenta con ello ahuyentar de nosotros toda imagen fija de peligrosidad, pues que el alpinismo tiene su buena parte de moral. Pero la verdad es que no lo consigue. Máxime cuando nos relata las tragedias de «aquella mala noche en la mala posada» de una grieta de la peña, en la ascensión verdaderamente espeluznante por la cara Norte del Pico, ascensión que duró nada menos que tres días....

Es la una de la tarde y Alfonso dice que es menester empezar a escalar cuanto antes. Dos de los muchachos vascos renuncian a la empresa. Los demás seguimos al guía en medio de un silencio impresionante. Diríase que éramos ajusticiados camino del suplicio. Al llegar a cierto punto en que la peña parece hacerse pared lisa, Alfonso se detiene, pues dice que allí empieza la «directísima de la cara Sur» por donde se verificará la ascensión. Y ahora nuestro guía se transforma, y revistiéndose de cierto hieratismo, nos pide que acatemos sin réplica

sus órdenes y hablemos solo las palabras precisas. Esto acabó de desconcertarnos. El capellán nos invita a rezar y de nuestros labios voló al cielo la oración más ferviente de nuestra vida.....

Alfonso empieza a trepar por la peña agarrándose a sus aristas de una manera milagrosa que pone carne de gallina a los que atónitos le contemplábamos. Pronto desaparece de nuestra vista, pero percibimos allá arriba los secos golpes del piolet con el que introduce la primera clavija de la que bien pronto estarán pendientes nuestras vidas.—Ya aparece deslizándose como una sierpe misteriosa lo que en el argot montañero llaman cuerda de seguridad. Y ojalá lo sea.—El capellán, sacando fuerzas de flaqueza como suele decirse y para no sembrar el desaliento entre los muchachos que le acompañan se cree en la obligación de colgarse el primero de aquella fatídica cuerda. Y así lo hace con decisión, animado por las alentadoras voces de Alfonso que desde arriba le llegaban. ¡Ay si fallan los pulsos, o la clavija se desprende, o las afiladas aristas de la peña corten en dos la cuerda! ¡Sería amablemente recibido en brazos del abismo que tiene a sus espaldas! Pero nada de esto sucede y tras unos momentos de congo-



ja y de angustia logra reunirse con el guía quien sonriente le recibe y coloca junto a sí en una grieta de la peña.

El entusiasmo como el miedo y la angustia son contagiosos. Y los que quedan abajo, al ver que el capellán había llegado sin novedad al punto de destino, porfían ahora por ser los primeros en ascender. Lo hace Malvarez, al que podíamos llamar el Alfonso II por las grandes dotes de escalador que tiene. En la grieta ya no hay sitio más que para otro. ¿Qué ocurrirá después?

La solución la da Alfonso trepando de nuevo por la peña de modo más inverosímil si cabe que antes. Volvemos a perderle de vista y otra vez le oímos golpear la peña. Está preparando la segunda «cordada». Entretanto los que quedamos en aquel nido de grajos pegados a la peña como lampas, nos atrevimos a mirar hacia el abismo, y al ver que no sentíamos el temible vértigo, y cobrando con ello una exagerada confianza en nosotros mismos, les echamos la cuerda a los que abajo cada vez más inquietos forcejeaban por subir. Y lo van haciendo. Pero el nerviosismo y la palidez del rostro conque hasta nosotros llegaban decían bien claro qué reacciones se experimentan al perder la «tierra firme».

La segunda cordada indudablemente es más difícil e impresionante que la primera. Como las clavijas no están exactamente en la misma dirección, la cuerda llega hasta nosotros por una estrecha ranura de la peña un tanto transversal. Y naturalmente al colgarse la «víctima», la cuerda busca lo perpendicular, teniendo uno ante sí el espectro de un lanzamiento sobre el abismo, que no obstante en el peor de los casos se resuelve en un aparatoso columpio sin mayores consecuencias.

Y así van sucediéndose las cordadas hasta cinco. Porque hacia la mitad de la peña ya se puede «volar» libremente, teniendo eso sí la gran precaución de que ni nuestros pies o manos se desprendan ni una sola piedra por pequeña que sea, pues dada la altura a que ya nos encontramos, cobraría tal fuerza viva que pasaría por encima de la cabeza de los que aún están escalando lo difícil, silbando como una bala de fusil.

La atracción de la cumbre es ahora

máxima, y pone alas a nuestros pies y enciende más todavía nuestro ánimo. Por fin después de unas cuatro horas de arrastrarnos por la ardiente peña bajo un sol abrasador y con una sed de Tántalo, llegamos a la ciclópea cumbre para lanzar a los espacios un estrepitoso ¡hurra! como un eco del que un día lanzara D. Pedro, a quien tanto hemos admirado ese día y a quien tanto debemos los que de veras amamos los Picos.

Las palabras INEFABLE, INDESCRIPCIÓN... es aquí donde de verdad cobran toda su fuerza y realidad. Cantamos, pero interrumpimos el canto para rezar, y enseguida truncamos el rezo para cantar otra vez. Corremos de una parte para otra a ver qué vista es la más imponente y abrumadora. ¡Mirad allá lejos las Peñas Santas..! ¡Y allí Torrecedredo y Llambrión, y a esta parte Peña Vieja, y a estotra Peña Labra, y en la lejanía el mar..! Por todas partes nos rodea lo sublime y sin poderlo remediar empezamos a sentir sus efectos, que se traducen en un no sé qué, que nos abate, nos anonada nos hace enmudecer. Fué entonces cuando vinieron a mi mente las exactas palabras de Pereda: allá la llanura abierta, los campos amenos... aquí la bravura salvaje, la lobreguez de los abismos, el silencio mortal de los páramos, allí el hombre rey y señor de la tierra fértil, aquí el gusano de los riscos escarpados... pero, aunque gusano, lo era al cabo de las alturas del espacio y no de los suelos cenagosos de la tierra.

En los Picos de Europa cuando el sol traspone el horizonte la noche se echa rápidamente encima. Y para nosotros sorprendidos por ella en aquellas tremebundas soledades es preciso descender ya cuanto antes. Lo hacemos todos sanos y salvos, pero no sin recibir la última caricia del Pico: la muy desagradable impresión que se experimenta al sentirse repentinamente suspendido en el vacío, cuando en la última cordada se pierde pié en la peña sin poder saber a qué altura se está de la amada tierra firme.

Sentados de nuevo junto al nevero y mirando hacia la peña para recordar los «parajes» por donde habíamos andado, divisamos dos diminutos seres humanos

Apuntes de mi blok

¡Oro en el Aramo!

POR RICARDO-LUIS ARIAS

«El tesoro de Omar Bem Adsili» - «Riqueza inmensa en las entrañas de la tierra» - «las guarda un Hércules con maza de oro».

Con estos títulos publicaba el día 2 de Julio de 1.943, en el Diario «REGION», una historia que había de revolucionar a los concejos de Quirós, Morcín, Riosa y Lena. Ella sirvió para que se iniciara una «estampida» entre los «Buscadores de tesoros» que se lanzaron a la caza de la «Cueva Gancios» y de las riquezas inmensas que un día, allá por el 718 de la Reconquista, dejó, con su pellejo, el sarraceno Omar Bem Adsili, esbirro del derrotado caudillo Múnuza.

Pues, Señor he aquí que al cabo de siete años esta historia vuelve a estar de actualidad, pues, luego de informarse en REGION, un «investigador» Riosán, acude a mí para que le ayude a buscar el tesoro de Ben Adsili. Excuso decir que rehusé tajantemente tan descabellada empresa ya que estimo en mucho la «pelleja» y no quiero dejarla en manos de un bestial gigante...

¡Que caray!, la vida es muy dulce aunque no se tenga más que un real en el bolsillo...

Y así fué como ese buen riosán me dió la idea de escribir algo más sobre la riqueza de ese Aramo en cuyas entrañas, además de tesoros fabulosos y filones de diversos minerales, se oculta también el rey de los metales. Fué Pepón el de Eusebio, de Llanuces de Quirós, el que me dió



recientemente, y con mucho misterio, la gran noticia:

—¡Hay oro en el Aramo!

Quizás estas líneas promuevan una nueva «estampida» en masa como ocurrió en aquellos famosos «placers» americanos del Klondike y Eldorado, en que la gente abandonó pueblos y ciudades impulsados por la fiebre del amarillo metal. Confiemos que antes nos escuchen.

Según me narraba Pepón, un día, allá por el setecientos y pico, llegó a Llanuces un inglés y

fuese a vivir a la Cordillera en donde se construyó una grande y espaciosa cabaña. De un principio fué tomado por un brujo, pues Jamín el zagal bajó una tarde al pueblo diciendo que lo había visto haciendo, con unos aparatos extraños, unas cosas muy raras. Mas esta idea fué desechada cuando vieron que el inglés pagaba sus compras con lingotes de oro.

Comenzó el pueblo a revolucionarse y Quiquín el alcalde formó una comisión que partió a entrevistarse con el solitario habitante de la mortera. Cuando llegaron a la cabaña la hallaron abandonada, no encontrando rastro alguno del extranjero. Jamás se logró saber su paradero, cosa que volvió a tejer una nueva leyenda de encantamiento y brujerías. Como recuerdo del inglés quedó su casa—situada ésta entre «Foxá Reonda» y «El Mayeu del Güetu»—cuyas ruinas aún se pueden admirar hoy.

que cual si anduviesen jugando y divirtiéndose inocentemente con una cuerda, descenden con rapidez inusitada desde la cumbre del Naranjo: estamos contemplando a los «ases» del Peñalara, Sol y Herreros, que hacen un escalofriante rapel por la verticalidad de la peña, después de haber realizado una difícilísima ascensión por la cara N.

Y para terminar, una cálida invitación a los montañeros que aún no conocen de visu la cumbre del Naranjo de Bulnes, para que lo escalen, que segura-

mente no reviste tanta dificultad como pudieran dar a entender estas impresiones salidas de la pluma de unos novatos y bisoños alpinistas.—Llevad eso sí a Alfonso en vuestra compañía, a ese rebeco humano que nació en la peña y... que tantas horas de felicidad ha causado a los que por fortuna visitan el Paraíso de los Montañeros.—¡Ah! Y que no se os olvide subir una cantimplora llena de agua, aunque sea de-nieve derretida.

M. A. M.

Quando le fué con la historia del oro a mi amigo Quilino «El Llistu»—infatigable «buscador de tesoros»—éste dejó la hacienda en manos de la su Ramona y se largó al Aramo armado de pico y pala. Una primavera entera llevaba estapinando en la mortera cuando lo volví a encontrar.

—¿Qué tal va eso, Quilino? ¿Hacémonos ricos?

—Ya sabes—respondíome—que te prometí dir a medies en el negociu. Hasta ahora...

—Espero que no harás lo que el inglés dándote el piro, ¿eh?...

—¡Hombre!, paez mentira p'a tí que me digas eso. El tratu ye tratu...

Juntos pasamos unos días deliciosos en la sierra. Por las noches hacíamos los dos «socios» tertulia a la puerta de la cabaña de nuestro «placer aurífero».

—Oye, compañeru—díjome un día sacando de su zurrón el viejo número de REGION—, yo creo que aquí perdemos el tiempo, pues en tres meses solo sacamos media docena de pepites. ¿Nun costaría menos trabaju descolingase con una cuerda p'er la «Cueva Gancios» y arrear con esti tesoro? Tenémoslu tan cerquina...

—Piensa en el gigante que lo guarde, Quilino.

¡Díantrel, de alguna forma habrá de escamoteailu...

—Ten presente que si la hubiera ya no estaba ahí. Llámante «El Llistu», pero no lo estás demostrando...

—Pues llístu o tontu voy a intentalo, ¡y esta noche!

—Bien, tú verás lo que haces.

Estaba a lo mejor de mi sueño cuando de pronto la puerta de la cabaña se abre como una tromba, entrando «El Llistu» pálido como un cadáver.

—¿Qué tal fué la exploración, Quilino?

—¡Ay, compañeru, qué razón tenies!—me dice desplomándose sobre la «camera». ¡Aquello ye un infiernu! Nun fice más que asomar el morro a la entrá, cuando sentí unes glayies enormes seguides de lamentos y ruios de cadenas...

—Esto es para que aprendas y veas que la ambición de riquezas suele acarreararnos sinsabores.

—¿Sinsabores? ¡Sustos, hermanu!, porque el de hoy va a tardar en quitáseme. ¡Al cuernu el tesoro y que se pudra en esa cueva!

—Te vas volviendo sensato, socio.

—¡Tan sensato!, porque tampoco pienso espulmoname buscando más oro. Sigue estapinando tú que yes el autor de la idea.

—¿Qué vamos hacer entonces?

—¿Vamos?... Tú lo que quieras, compañeru, yo faré una borroná de patates en toa esta tierra que cavé como un pollín. Así como así los tiempos tan muy zorros y les patatines valen su oro....

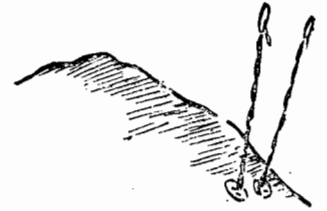
—Buena idea es, Quilino amigo.

—Buena, ¿eh? ¡Ya lo creo! Pero déjate de camelancias, que en esti negociu nun vamos a medies....

¿Cómo?

—Caballito que corres
uncido al carro
dime, para que brille
tu pelo tanto,
¿cómo te las compones?
—¿Cómo? Sudando.

ANTONIO DE TRUEBA



Una travesía en la Sienna de Cuera

Malos vientos corren para esta travesía del Concurso, cuya realización se discute aún unas horas antes de la señalada para la partida. El tiempo y otros factores de no menos preocupación influyen grandemente en las dudas de última hora. Al fin, cuatro montañeros toman el tren de Económicos en la tarde del cinco de noviembre y, al anochecer, el coche de línea que con carga excesiva asciende penosamente desde Posada de Llanes hasta Cabrales, entre una lluvia torrencial. No hay alojamiento en la posada de Puente Nuevo y es preciso pernoctar en una casita medio derruida de Meré, suavizando las incomodidades y la persistencia del mal tiempo con fuertes dosis de humor que son lo mejor de su recuerdo.

Al amanecer emprendemos la marcha por el pintoresco Valle de Caldueño. No llueve, pero el fuerte viento Sur hace presagiar otra vez el agua para muy pronto. Nuevamente prudentes consejos pretenden hacernos desistir de la travesía cada vez más deseada. A las diez de la mañana, acompañados de la brava agilidad del casi infantil. Pedro Amieva, abandonamos el Mazuco y comenzamos la ascensión a Peña Blanca, cuya cumbre es coronada a las 11,30 coincidiendo con el recrudecimiento del vendaval que difícilmente nos permite sostenernos en vertical.

El agua comienza a tomar parte también en la «sinfonía», alternando en «adagio» y «allegro» sobre nuestras espaldas. Pero no sin dejarnos admirar la mole gigantesca de los Tres Macizos, cuya vista en conjunto nos impresionó vivamente. Tanto como la inmensidad del Cantábrico, visible en ráfagas, desde la cumbre asturiana que, según nos dicen, alcanza más inmensidad.

Allá, en lo que nos parece el final de la Sierra se alza desdibujado el otro objetivo: Cabezo Turbina, a la que nos dirigimos en la línea más directa que podemos elegir, sobre la cresta de la Sierra, por la que caminamos en alternativas de bueno y mal tiempo durante tres horas. A las tres de la tarde, entre una verdadera tempestad de agua, nieve y viento muy frío, acometemos la escalada a Turbina después de dejar nuestras mochilas en una oquedad. Queríamos extender nuestra vista al menos, hasta Pico Jana, el final de la Sierra, pero apenas

si nos vemos nosotros a cinco metros. La tarjeta queda terriblemente emborronada, pero queda allí, como símbolo de la voluntad aún frente a los elementos.

El descenso es penoso y se hace en silencio. Cada vez llueve más y el viento arrecia sobre manera, constituyendo la mayor dificultad, ya que «las navajas afiladas del jaedo»—en frase del simpático Pedro Amieva—hieren manos y piernas al menor descuido. No hay desmayos, pero el hayedo se hace interminable, porque para orientarnos hemos de seguir la dirección más conocida por nuestro guía novel, con quien vamos confiados a pesar de que presentimos el enorme rodeo que estamos dando para encontrar la carretera. Bebemos frecuentemente en las pequeñas cuencas de las peñas. Agua por dentro y por fuera, con exceso. La noche viene a buscarnos en la Majada de la Laguna, pero ya quedan atrás los riscos y las hayas y caminamos ahora por una senda que constituye para nosotros en este momento la pista más apetecible.

A las ocho de la noche llegamos al alto de la Tornería, donde nos deja Amieva que se vuelve a Mazuco. Nosotros continuamos a Llanes, ya sin perder la carretera, que más tiene de arroyo, suavizando así los últimos kilómetros de nuestra marcha, puesto que el agua hace tiempo que ha dejado de preocuparnos y la deseamos con el mismo anhelo que el más afectado por las restricciones. No nos pesa ya, porque su circulación por nuestras ropas y cuerpo es libre.

Nosotros mismos nos sorprendemos de la rapidez de nuestra llegada a Parres. Allí cesa la lluvia y, con más calma, que bien la necesitamos,



La Sierra de Cuera

(Foto Arana)

hacemos nuestra entrada en Llanes a las diez de la noche por las calles menos frecuentadas. Tal es nuestro aspecto

Pero, ya en el hotel, con ropas improvisadas, mientras tratan de secar las nuestras, amablemente atendidos, pero una vez más compadecidos por la incomprensión, han quedado borradas todas las huellas de la jornada que si, indudablemente

ha sido dura, nos proporciona ahora, en el recuerdo, la gran satisfacción de dominarnos un poco más y recibir otra vez la lección diaria de la Montaña, atemperándonos a sus dificultades con alegría, aunque, como en este caso, sea tan parca en exhibir sus incontables maravillas.

Et. 531.



Publicaciones recibidas

Club Alpino Tajahierro, de Santander; Agrupación Excursionista Tierra y Mar, de Sabadell; Agrupación Excursionista de Granollers; Agrupación Montañera Astur Torrecerredo, de Gijón; Agrupación Excursionista Icaria, de Barcelona; Grupo de Montaña Urdaburu, de Rentería; Unión Excursionista de Cataluña, Barcelona; Agrupación Excursionista Montaña, de Barcelona; Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara, de Madrid; Boletín Oficial de la Delegación Nacional de Deportes de FET y de las JON-S.

El Grupo de Montañeros de Mieres

La prensa ha difundido la noticia. Los deportistas de Mieres quieren llevar su fama más allá de sus triunfos futbolísticos. Y han constituido una agrupación montañera que sabemos cuenta con la dedicación entusiasta de un grupo de bien probados veteranos.

Los nombres de sus directivos nos son familiares y queridos. A todos les saludamos y felicitamos muy efusivamente en la persona de su presidente, nuestro consocio y amigo, Florentino Bernaldo de Quirós, con quien tan repetidamente hemos compartido afanes y alegrías de montaña.

Ya la nueva Asociación, nuestro ofrecimiento incondicional de cuanto somos y valemos.

Un paso más en la conquista de adeptos a nuestro deporte.

Torrecerredo

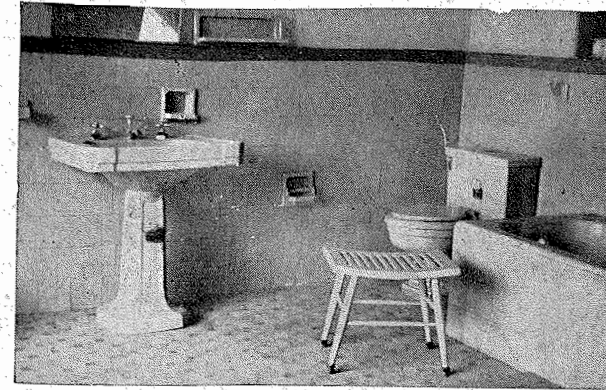
Hemos recibido el número 18 del Boletín de la Agrupación Montañera Astur Torrecerredo, cuidadosamente editado y de amplio contenido documental, gráfico y literario.

Este nuevo alarde de cualidades, viene a confirmar los valores que encuadra nuestra prestigiosa sociedad hermana de Gijón y sus esfuerzos por extender la práctica de los deportes de montaña y de nieve y el conocimiento de las bellezas de la naturaleza.

No es una felicitación fría y protocolaria la que motiva este acuse de recibo en nuestro Boletín, sino el deseo de enviar un abrazo ancho y cordial de aliento y estímulo a nuestros compañeros gijoneses, que tan buen magisterio montañero vienen ejerciendo.

Nuevas socias

- D. Vicente Suárez Arango.
- D. Noel Llopis Lladó.
- D. Luis Quintana Prieto.
- D. Pedro Alvarez García.
- D.^a Dolores Juste Fernández.
- D. Juan Benito Argüelles.
- D. Luis Ruiz Fernández.
- D.^a María Aurora García García.
- D.^a Nieves González Alvarez.
- D.^a Dorita Longoria Quesada.
- D.^a Angeles Sampedro.
- D. José Luis Cachero Alvarez.



HOJALATERIA
 FONTANERIA
 CALEFACCIONES
 ●
 ARTICULOS
 SANITARIOS Y DE
 CALEFACCION
 ●
 ACCESORIOS
 EN GENERAL

LA MARQUESINA

MARQUES DE SANTA CRUZ, 8

TELEFONO 1660

OVIEDO

¡¡ MONTAÑEROS !!

¡¡ ESQUIADORES !!

ENCONTRAREIS LAS MEJORES

PRENDAS Y UTILES DE-

PORTIVOS, SI VISITAIS

VALGRANDE

ALVAREZ GARAYA, 2 - GIJON

*Las niñas asturianas recuperan la salud y la
alegría en la "Casa Infantil Covadonga",
de Pola de Gordón (León), gracias a la*



Caja de Ahorros de Asturias